

SEMBLANZA DE SAN BERNARDO, PATRON DE ALGECIRAS.

Hermano Mayor y hermanos de la Venerable, Humilde y Fervorosa Hermandad del Santísimo Cristo de la Caridad en el misterio de su Sagrada Mortaja, María Santísima de la Piedad, San Bernardo y Santa Ángela de la Cruz

Señoras, señores:

Cuando el padre Rafael me comunicó la intención de nuestra Hermandad de que preparara una semblanza acerca de su cotitular y patrón de Algeciras, San Bernardo, lo primero que le contesté fue que ya hacía mucho tiempo que no me veía en una actividad así y que no podía aceptar su ofrecimiento en ese instante.

Pero después de hablar un rato con él, me animé pensando en que si aceptaba, colaboraba de alguna manera en dar a conocer a nuestro patrón San Bernardo que, precisamente por desconocido aún, tal vez, no se siente en todo momento tan patrono nuestro.

Por eso, cuantas más veces hablemos de él, más lo conoceremos. Y, por consiguiente, será más nuestro. Por eso, la contribución de nuestra Hermandad es excelsa.

A continuación también pensé que ningún mérito tenía para hacerlo. Y ahora, tras sincera meditación, en este sagrado lugar, concluyo que no merezco el honor de pronunciar esta undécima semblanza.

Aunque a decir verdad, cuando acabé el trabajo, sinceramente me alegré por todo lo aprendido durante su preparación y por poderlo compartir con ustedes.

Porque San Bernardo, nuestro patrón, siempre ha pasado desapercibido en nuestra ciudad.

Y aunque figura en una vidriera de la iglesia de la Palma, donde además tiene una imagen, y desde hace 13 años hay una escultura en piedra en la fachada de la capilla de Europa.

Y aunque hay una calle en la que se ubica la estación de autobuses y ambas llevan su nombre y también, hacia el norte de la ciudad hay un colegio de educación infantil y primaria con su nombre – buen colegio por cierto –, nuestro glorioso patriarca San Bernardo, en Algeciras, ha pasado largo tiempo en el olvido.

Pocas son las noticias encontradas acerca de la Ermita de San Bernardo, situada en uno de los molinos de la ribera baja del río de la Miel, que era conocido como el molino de la Ermita. Estos molinos llegaban hasta la actual avenida de Agustín Bálamo, en la orilla de enfrente a la antigua estación de tren.

Pero para saber el porqué de este patronazgo sobre nuestra ciudad, convendría echar una mirada atrás y repasar brevemente nuestra propia historia.

Para ello nos situamos en la conquista de Algeciras por Alfonso XI, el 28 de marzo, Domingo de Ramos, de 1344.

Como es sabido, España estaba ocupada por el poder musulmán desde su invasión en el año 711.

Seis años después, el Viernes Santo de 1350, Alfonso XI muere casi a la entrada de Gibraltar, cuando estaba a punto de rescatarla de la dominación islámica.

Pocos años más tarde, en 1379, Algeciras es arrasada por el sultán de Granada y la deja convertida en un montón de ruinas.

Y dando un salto de 83 años, nos encontramos en 1462. En España reina Enrique IV y el Alcaide de Tarifa, Alonso de Arcos, recibe la confianza de un musulmán converso de que la plaza de Gibraltar está desguarnecida, por lo que es el momento idóneo para reconquistarla.

Don Alonso no se lo piensa y con la ayuda del Duque de Medina Sidonia y el Conde de Arcos toma Gibraltar, tal día como hoy, el día 20 de agosto de 1462, festividad de San Bernardo Abad. Y bajo la advocación y nombre de este Santo – como se hacía en la época – queda conquistada la ciudad de Gibraltar y todo su campo.

De inmediato el rey Enrique IV incorpora Gibraltar a la Corona y poco después, el 15 de diciembre de 1462 promulga la cédula de Agreda por la que se concede los campos de la destruida Algeciras a la ciudad de Gibraltar, para que sus tierras se repartan entre aquellos que vengán a poblarlas.

Es entonces cuando se pronuncia por vez primera la denominación Campo de Gibraltar, refiriéndose al término de Algeciras.

Por tanto, el término de Algeciras, o sea, sus amplios campos entonces, al ser entregados a Gibraltar, pasan a formar parte de la Roca, por lo que reciben, naturalmente, el patronazgo de San Bernardo.

Y dando un salto mucho mayor en la historia llegamos a 1704, año en que ingleses y holandeses toman Gibraltar de donde sus habitantes huyen para asentarse en los campos cercanos a los que lógicamente llega dicho patronazgo.

Y es a través de una cédula pontificia del Papa Pío XI, fechada el 14 de marzo de 1923 en la que se confirma como Patrón a San Bernardo junto a la Virgen de la Palma como Patrona.

La concesión pontificia comunicada por el Obispo de Cádiz dice así:

“La ciudad de Algeciras, Diócesis de Cádiz y Ceuta, venera desde tiempos remotos a la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, bajo el título de la Palma, con tanta y creciente piedad, que por acuerdo de clero y pueblo la tienen elegida legítimamente Patrona, igualmente principal,

junto con San Bernardo, Abad y Doctor de la Iglesia, que ya ha tiempo que lo es de todo el Campo de Gibraltar.”

Pero esta sucinta revisión de nuestra historia no tiene otra razón que dar paso a una apasionante vida.

De San Bernardo se ha dicho que fue el último de los Padres de la Iglesia, pero ciertamente no desmerece ser de los primeros, al mantenerse claramente en la tradición de los Padres, de la Escritura, de la liturgia y de la vida monástica.

Aunque de naturaleza contemplativa, fue un hombre de acción. Su nombre, Bernardo, de origen germánico *berhn-hard* significa “guerrero audaz como un oso” y también “batallador y valiente”.

Nació a finales del siglo XI, en el año 1090 en Fontaines, en la campaña de Dijon, capital de la Borgoña francesa. Sus padres Tecelino Soro y Aleyda procedían de ilustres familias. Su madre era descendiente de los duques de Borgoña y su padre caballero del duque.

De este matrimonio nacieron siete hijos: primero fue Guido, el segundo Gerardo, el tercero Bernardo, la cuarta una hembra Humbelina, el quinto Andrés, el sexto Bartolomé y el último Nivardo.

Según algunos historiadores, Bernardo era un hombre amable, simpático, inteligente, alegre y bondadoso, guapo y de buena presencia. Su hermana Humbelina lo llamaba cariñosamente “ojos grandes”.

Era un excelente orador de tal manera que fue nombrado “Doctor Melifluo” por la dulzura con que utilizaba las palabras.

Fue perfecto gramático, consumado filósofo y más que mediano teólogo, según otros.

De naturaleza contemplativa, pese a que fue un hombre de acción, su pensamiento es continuación, en formas medievales, del pensamiento teológico alejandrino.

Como hijo del ambiente de las cruzadas, Bernardo resulta una mezcla de monje y caballero, aunque siempre con una marcada tendencia hacia la reclusión monástica, lo que le hace rehusar en varias ocasiones las dignidades eclesiásticas que le ofrecen, dada su personalidad e inteligencia privilegiadas.

Con 23 años, tras el duro golpe de la muerte de su madre, en el año 1113, tomó la decisión de entrar como novicio en la Orden del Cister.

Esta Orden había sido fundada pocos años antes por Roberto de Molesme, bajo la regla de San Benito. Pero debido a la dureza de la vida que llevaba, contaba con pocos miembros y con sólo un monasterio, que se encontraba cerca de su casa.

Dos años más tarde, en 1115, Esteban Harding, el abad del Cister, encomienda a Bernardo la fundación del monasterio de Claraval, una de las primeras fundaciones cistercienses, de la que fue posteriormente ordenado

sacerdote y designado abad, puesto que desempeñó hasta el final de su vida.

Los comienzos en Claraval fueron muy duros. El régimen impuesto por Bernardo era muy austero y afectó seriamente a su salud, por lo que el filósofo Guillermo de Champeaux, quien lo había ordenado sacerdote, debió intervenir para suavizar la falta de alimentación y la mortificación que se imponía a sí mismo, hasta tal punto que se vio obligado a dejar la comunidad y trasladarse a una cabaña que le servía de enfermería, donde fue atendido por unos curanderos, hasta su total recuperación.

A partir de 1130 se extienden las primeras abadías por Alemania, Inglaterra y España. En nuestro país, en Moreruela (Zamora) en 1132.

A lo largo de su vida fundó 68 monasterios por toda Europa.

Espiritualmente fue un místico y es considerado como uno de los fundadores de la mística medieval y su influencia fue decisiva en la devoción a la Virgen María.

La orden cisterciense debe su mejor desarrollo a San Bernardo. Su prestigio personal consiguió que fuese el cisterciense más importante del siglo XII, pues aunque no fue su fundador, sigue siendo hoy el maestro espiritual de la orden.

El arte cisterciense no se concibe sin su presencia, de tal manera que el estudio monográfico titulado “San Bernardo y el arte cisterciense” es referente obligado en las carreras universitarias que cursan Arte ya que su pensamiento está presente en pintura, escultura, historia...

Se le ha definido también como < **papa-emperador no coronado de su siglo** >. Esta definición explica la importancia religiosa y política que tuvo en el siglo XII, de tal manera que ha merecido justamente el nombre de “época Bernardina”.

Fue el gran predicador de la segunda cruzada (1147- 1149), y aunque lo hizo en contra de la voluntad del Papa, su intrépida y elocuente palabra junto a su inmensa reputación e influencia, ganó para la causa al emperador Conrado III de Alemania y Luis VII de Francia, los principales soberanos de aquella época y a numerosos príncipes.

A propósito de su predicación Maschke dijo de él: “Bernardo es mucho más fogoso como predicador que como hombre de Estado y como político de la Iglesia. Electriza a los pueblos de Occidente, infundiéndoles la sola voluntad de las Cruzadas.”

Pero no todo fue bueno en su camino. Los cruzados fueron derrotados por el Islam, lo que supuso un serio golpe a la Cristiandad. Y como Bernardo había sido su principal animador habiendo alentado a las gentes, fue llamado embaucador y acusado de falso profeta.

Tras el fracaso de la segunda cruzada Bernardo quedó muy afectado, pero pensando con su gran humildad, que no le importaba ser criticado él, pero no Dios.

Para él *“la humildad es una virtud por la cual el hombre se hace despreciable ante sus propios ojos, por la sola razón de que él se conoce mejor”*.

De su inteligencia cuentan que de niño, se puso enfermo de fuertes dolores de cabeza hasta el punto en que hubieron de postrarlo en cama. Compadecida su familia y viendo que no mejoraba con el remedio que le daban, le llevaron a una mujer que decía que curaba tales dolencias. Pero cuando el niño vio que lo que hacía la mujer era un engaño, empezó a dar voces y gritos hasta que consiguió hacerla salir de su aposento. Después ciñó en sus sienes un laurel bendecido y en ese instante se levantó de su cama libre de todo dolor.

De sus milagros narran que en una ocasión transitaba por la villa de Castro-Nansón en compañía de su pariente Godofredo, monje y compañero suyo en Claraval, y de su hermano Guido, cuando vio a un joven que padecía en un pie una avanzada llaga y que le pedía con insistencia y fe que lo tocara. Y así lo hizo y se marcharon. Y a la vuelta de nuevo se encontraron al joven, pero ya completamente sano.

Más adelante curó de una epilepsia al monje de Claraval, Humberto, que entonces era abad en uno de los monasterios cercanos.

En otra ocasión limpió a su tío Galdrico de unas peligrosas fiebres.

En la ciudad de Chalons se le presentó una mujer ciega desde hacía once años, pidiéndole limosna. San Bernardo la miró y le dijo: “Tú buscas en mí la plata; pero Dios te ha de conceder la vista”. Y haciendo la señal de la Cruz sobre sus ojos, se los restituyó limpios y claros y vio la luz.

De sus hechos hay que contar que cuando llegó a la célebre ciudad alemana de Colonia, pasó el domingo a celebrar Misa en la catedral y fue tanta la multitud que, tras día y noche, se acercó a ella para verlo y tocarlo, que para salir de la ciudad, tuvo que hacerlo escondido por la casa del Arzobispo.

Además de sus hechos milagrosos, de sus monasterios, de su ejemplo y de su voz, Bernardo dejó mucho escrito.

De sus opúsculos – obras literarias o científicas de poca extensión – extraigo del capítulo VI del libro IV DE LA CONSIDERACIÓN los útiles consejos – no precisamente laudatorios – que da al Pontífice:

“La potestad de juzgar las causas, no tanto compete al Pontífice como a los príncipes”.

Y del capítulo VII del mismo libro:

“Vos sois no señor de los obispos, sino uno de ellos, hermano de los que aman al Señor y compañero de los que le temen. En lo demás conviene que seáis modelo de justicia, espejo de santidad, ejemplo de piedad, libertador de la verdad, defensor de la fe, vara de los poderosos, martillo de los tiranos, ojo de los ciegos, lengua de los mudos...”

Y como de esa parte de nuestra historia podemos apreciar que nuestra Patrona y nuestro Patrón nunca estuvieron tan lejos, que cercanas están las fechas de sus festividades y que muy cerca están sus imágenes en la plaza Alta, seguro que sería bueno verlos pronto procesionar juntos por nuestras calles y dedicarles a su paso, a la vez, nuestras oraciones. Sería también la mejor ocasión para que Nuestra Señora se lo presentara a aquellos, que quizás aún, no lo conocen.

Y para terminar esta sencilla y sentida semblanza de nuestro patrón San Bernardo, podríamos quedarnos con uno de sus mensajes sobre su constante búsqueda de la sencillez y la sabiduría:

“Es sabio, precisamente aquel que saborea las cosas, sencillamente, tal cual son”.

Murió tal día como hoy, en Claraval, en el año 1153.

Algeciras, 20 de agosto, festividad de San Bernardo, de 2011.

JOSÉ MERCHÁN RUIZ